

HISTORIA DE UN CARACOL
QUE DESCUBRIÓ LA IMPORTANCIA
DE LA LENTITUD


colección andanzas

Sobre esta historia...

Hace algunos años y mientras estábamos en el jardín de nuestra casa, mi nieto Daniel observaba atentamente un caracol. De pronto, dirigió su mirada hacia mí y me hizo una pregunta muy difícil de responder: ¿por qué es tan lento el caracol?

Le dije que no tenía una respuesta en ese momento, y le prometí que le contestaría, no sabía cuándo, pero lo haría.

Como me precio de cumplir con la palabra empeñada, esta historia intenta responder a esa pregunta.

Y, naturalmente, está dedicada a mis nietos Daniel, Gabriel y Samuel, a mis nietas Camila, Aurora y Valentina, y a los lentos caracoles del jardín.

Uno

En un prado cercano a tu casa o a la mía, vivía una colonia de caracoles muy seguros de estar en el mejor lugar que pueda imaginarse. Ninguno de ellos había viajado hasta los lindes del prado, y mucho menos hasta la carretera de asfalto que empezaba justo donde crecían las últimas briznas de hierba. Y como no habían viajado, no podían comparar y, así, ignoraban que para las ardillas el mejor lugar estaba en la parte más alta de las hayas, o que para las abejas no había lugar más placentero que los panales de madera alineados en el otro extremo del prado. Los caracoles no podían comparar y no les importaba, pues para ellos aquel prado, en el que alimentadas por las lluvias

crecían en abundancia las plantas de diente de león, era el mejor lugar para vivir.

Cuando llegaban los primeros días de la primavera y el sol dejaba sentir levemente su tibia caricia, los caracoles despertaban del letargo invernal; un leve esfuerzo muscular les permitía levantar la concha el espacio suficiente para sacar la cabeza, y enseguida estiraban los cuernos que sostienen sus ojos. Entonces descubrían con alegría que el prado estaba cubierto de hierbas, de pequeñas flores silvestres y, por encima de todo, del sabroso diente de león.

Algunos caracoles, los más viejos, llamaban al prado País del Diente de León, y consideraban su Hogar a la frondosa planta de acanto que cada primavera surgía con renovado vigor entre los restos de sus hojas castigadas por la escarcha invernal. Bajo esas hojas pasaban gran parte del tiempo, ocultos a la ávida mirada de los pájaros.

Entre ellos se llamaban los unos a los otros simplemente con la palabra caracol, y esto ocasionaba a veces algunas confusio-



nes, que eran superadas con lenta parsimonia. Sucedió, por ejemplo, que uno del grupo deseaba hablar con otro, entonces susurraba: «Caracol, quiero contarte algo», y eso bastaba para que los demás girasen sus cabezas. Los que estaban a su lado derecho giraban la cabeza a la izquierda; los de la izquierda, a la derecha; los que estaban delante, hacia atrás, y los de atrás estiraban sus cabecitas susurrando: «¿Es a mí a quien quieres contar algo?».

Cuando esto ocurría, el caracol que deseaba contarle algo a otro se desplazaba despacio, primero a la izquierda, luego a la derecha, enseguida hacia delante o hacia atrás, repitiendo: «Lo siento, no es contigo con quien quiero hablar», hasta que llegaba junto al caracol al que, en efecto, deseaba contarle algo, generalmente algún suceso relacionado con la vida en el prado.

Sabían que eran lentos y silenciosos, muy lentos y muy silenciosos, y también sabían que esa lentitud y ese silencio los hacían vulnerables, mucho más vulnerables

que otros animales capaces de moverse con rapidez y de dar voces de alarma. Para no tener miedo a causa de su lentitud y de su poca capacidad para hacer ruido, preferían no hablar de eso, y aceptaban ser como eran con lenta y silenciosa resignación.

—La ardilla chilla y salta rauda de rama en rama, el jilguero y la urraca vuelan veloces, uno canta y la otra grazna, el gato y el perro corren deprisa, uno maúlla y el otro ladra, pero nosotros somos lentos y silenciosos, así es la vida y no hay nada que hacer —solían susurrar los más veteranos.

Pero entre ellos había un caracol que, sin embargo, aun aceptando una vida lenta, muy lenta y entre susurros, deseaba conocer los motivos de aquella lentitud.